Por esto decia Jesus á sus apóstoles, que estaba reservado á ellos solos conocer los misterios del reino de Dios, pero que para los otros era necesario limitarse á hablar á su fé en parábolas, á fin de que se cumpliese la profecía de Isaías: Vosotros oireis con vuestras orejas y no entendereis." [1]

El conocimiento de estos misterios constituye, en la enseñanza religiosa, las partes de la ciencia que se designan bajo los nombres de Theogonia, Theurgia y Thaumaturgia. La primera abraza todo el sistema del mundo divino: la segunda es el arte de abrir y mantener un comercio, un cambio de pensamientos entre el iniciado y el mundo de los Espíritus, los ángeles de Dios ó los arcángeles, los Eloïm de Moises: la tercera tiene por objeto apoderarse de la fuerza oculta para hacer prodigios ó cosas sobrehumanas. Que, en el antiguo culto de Moises se haya practicado con cuidado estas dos últimas partes de la ciencia religiosa, es un punto de que la historia Judía y numerosos textos de libros sagrados no permiten dudar un solo instante. [2]

1 Mateo, c. XIII; v. 14.
2 Franck *la Kabbala* p. 37 y 38.

CAPITULO III.

ORIGENES.

Su mision.—Su sistema.—Orígen de las almas.—Su historia.—Su diversidad.—Distribucion.—Castigos.—Purificacion.—Rehabilitacion.—Vidas sucesivas.—Progreso de las vidas.—Los concilios.—Juicio sobre su doctrina.

Los *Misterios* para los gentiles, el *Zohar* para los Hebreos, han sido, pues, la doctrina secreta destinada á los fuertes, á los púberes entre los niños. Orígenes y sus escritos han hecho el mismo papel entre los cristianos. Misionero divino, escogido de Dios, vino para revelar ántes de tiempo la pluralidad de los mundos y de las existencias, y esparcia semillas que el porvenir solo haria brotar y que de los precursores se trasmitirian continuamente; pero estas semillas no debian fructificar sino en nuestros dias y con el advenimiento del Espíritu de Dios reservado á nuestra adolescencia y á nuestra pubertad.

Un gran escritor que ha sido en nuestro tiempo uno de los precursores especiales en la enseñanza espiritual, Juan Reynaud, arrancado á la Francia demasiado pronto, ha publicado sobre Orígennes, á quien era digno de interpretar y de comprender, magníficos y completos estudios. Reasumirlos, compendiándolos en lo que se refiere al objeto de este libro, es el partido que hemos tomado; no podia tratar de rehacer lo que habia sido tan bien ejecutado. Vamos, pues, á presentar un análisis del bello trabajo de Juan Reynaud, añadiendo algunas reflexiones personales.

El sublime espíritu de Orígenes, quiso emprender una tarea demasiado grande para aquella época; ensayó confundir la secta Maniqueista, justificar la Providencia, explicar el orígen del mal y revelar la ley del destino. ¡Esfuerzos inútiles! ¡temerarios pensamientos! el género humano no estaba preparado para tales verdades. El Cristo habia guardado un prudente silencio sobre la formidable cuestion del orígen del mal, sobre los modos de la vida futura; anunció solamente para alentar á los buenos y asustar á los malos, recompensas y castigos á los cuales dió la temible consagracion de la eternidad. El Cristo no podia entregar á los hombres la verdad absoluta; el absoluto viene á ser relativo cuando desciende á la humanidad: lo que el Mesías no habia hecho, un hombre lo intentó en los primeros siglos de la Iglesia, sin que ninguna evolucion nueva del género humano pudiera justificar la audacia de esta tentativa. Debia necesariamente fracasar; la sociedad ignoraba en esta época la ley de la iniciacion

y del progreso que le es desde hace poco conocida; [1] su educacion no estaba muy avanzada. El Cristo no hubiera sido comprendido del vulgo, no habló, pues, de esto; pero Orígenes tenia otra mision: representaba, por la voluntad de Dios, al impaciente escolar de la cuarta ó quinta clase que, orgulloso de ser el primero de todos sus condiscípulos pretendiera erigirse en profesor de retórica ó de filosofía. Los otros discípulos no lo comprenderian y condenarian sus pensamientos: en cuanto á él, proseguiria su tarea. Para explicar la creacion del mundo donde reinan el mal físico y el mal moral, Orígenes supone que la union de las almas á los cuerpos es un castigo; [2] no comprendia la necesi-

1 Para comprender la ley del progreso, era preciso que la humanidad atravesase diferentes faces que pudiesen servir de términos á la comparacion. La teoría del progreso apenas está en su infancia, no tenemos mas que sus primeros elementos, sobre este punto comenzamos nuestros estudios....

2 Las causas de la diferencia de condiciones provienen, segun Orígenos, de existencias anteriores «*Quoniam justitia debet creatoris in omnibus apparere.*" Por razon de que la justicia del Creador debe manifestarse en todo. [De principiis, lib. II cap. IX art. 7.] «Mens corruens facta est anima.» El espíritu caido ha sido hecho alma, y el alma reparada se volverá espíritu puro. [cap. VII art. III.] El mundo, en efecto, se compone de criaturas inteligentes en los mas diversos estados. ¿Qué otro motivo dar á su existencia, sino la diversidad de la caida de estos sexos que han tenido un punto comun de partida? antes que las criaturas bajasen á los lugares inferiores y cambiasen lo invisible por lo visible, revistiéndose de cuerpos espesos y pesados, gozaban en el seno de Dios de una beatitud imperturbable y de un reposo constante. Dios les dió cuerpos conforme á su condicion y proporcionado al grado de su caida; así fué fabricado el mundo visible. (lib. III cap. V art. 4. «Diversi motus et variae voluntates diversum accipiunt statum; id est, ut angeli homines, vel daemones, et

dad de la iniciacion y la laboriosa conquista del progreso. Citemos un pasaje de San Agustin: "Las almas han pecado alejándose de su Creador: escalonadas del Cielo á la Tierra en diversos intervalos, segun la diversidad de sus crímenes, han merecido diferentes cadenas corporales. Tal es el mundo, tal es la causa de la creacion del mundo; segun Orígenes, esto no es la produccion de un bien, sino la represion de un mal. Aquí Orígenes incurre en una justa censura: creed los libros de los principios, hé aquí lo que piensa, hé aquí lo que escribe. En verdad, mi asombro está sobre toda ponderucion. ¡Cómo un hombre tan sabio, tan profundamente versado en las santas letras, no ve cuanto repugna esta opinion á la autoridad formal de la Escritura, que añade despues de cada creacion particular: y vio Dios que era bueno.... Antes de su pecado mismo, el hombre está revestido de un cuerpo de ar-

rursum ex his homines vel angeli fiant. Grandis negligentiae atque desidiae est in tantum unumquenque diffluere atque evacuari, ut ad vitia veniens, irrationabilium jumentorum posit crasso corpori alligari." (lib. III cap. V art. 4.] „Los diversos movimientos y las diversas voluntades reciben estados diversos, de suerte que los ángeles se hacen hombres ó ángeles, ó demonios, y los demonios se convierten en hombres, ó ángeles, y tales pueden ser el desfallecimiento y la caida á que la negligencia y la pereza arrastran á cada criatura, que caida en el vicio, se vea encadenada al cuerpo grosero de las bestias privadas de razon.» Rufino, discípulo de Orígenes. traductor latino de sus obras, no habia desechado enteramente los antiguos extravíos de la metempsícosis. Admitia sin embargo un gran principio, á saber: que á todos era acordada la elevacion á un rango superior. «Per singulos in omnes et ab omnibus in sigulos.» [lib. I cap. VI art. 3.] «De cada uno en todos y de todos en cada uno.» Pero dejaba aun despues de la llegada al fin, la posibilidad de la caida.

cilla." [1] Despues de varias purificaciones sucesivas las almas revestidas de sustancias etéreas, vuelven al seno de Dios; pero como Dios solo es inmutable, las almas, por nuevas faltas, se apartan aún de la divinidad y vuelven á los cuerpos, sujetas á nuevas purificaciones y nuevas vidas, y esto sin reposo y sin fin. [2] Segun San Agustin, esta es, sobre todo, la opinion de las vueltas periódicas del alma en una eterna alternativa de beatitud y de miseria, que ha hecho pesar so-

1 *Ciudad de Dios* lib. XI cap. 13 traduccion de L. Moreau.

2 Los cuerpos, no hay que dudarlo, segun Orígenes, no subsisten principalmente sino por intervalos. «Nulli dubium ut corpora non principaliter existere, sed per intervalla.» Son hechos ahora á causa de las impulsiones diferentes de las criaturas racionales, para ser de nuevo reducidos á la nada cuando se levantan de la degradacion y de su caida. (De principiis, lib. IV cap. IV art. 35.] Elevándose poco á poco por el órden y por el modo, algunas criaturas llegarán primero á esta tierra y á la ciencia que aquí se alcanza, de aquí á una mejor y en fin á un estado al cual nada le podrá ser añadido. (lib. I cap. VI art. 9.} Pero las criaturas hastiándose pronto de un reposo perpétuo en el bien, no queriendo guardar su principio y poseer una beatitud incorruptible, los cuerpos serán creados de nuevo, y otros mundos seran dispuestos para las criaturas; algunas, sin embargo, permanecerán fieles hasta el segundo, al tercero y aun al cuarto mundo. Por otra parte, algunas de estas criaturas habrán de tal manera degenerado, que al primero de estos mundos nuevos vendrán los demonios (lib. IV art. 3.

Lo que ha ocasionado todos los errores de Orígenes, en esta materia, es la ignorancia de la ley del progreso indefinido que existe siempre para el alma aun despues de haber llegado á un punto al que la perfeccion de su voluntad le impida desfallecer. Persuadido de que el movimiento es nuestra ley y que la inmovilidad es imposible suponerse en un ser finito, Orígenes ha apelado á la hipótesis de la creacion indefinida de nuevos mundos, expresando que quizá no estamos en el principio.

bre Orígenes la justa reprobacion de la Iglesia. "En efecto, ¿dónde estaba, pues, su conmiseracion cuando condenaba á los santos á los sufrimientos reales de la expiacion y á la mentira de una vana beatitud rehusándoles la alegría verdadera, la seguridad en la posesion eterna del soberano bien? Luego es muy diferente el error de esta generosa conmiseracion que no admite el sufrimiento temporal de los condenados, sino para reunirlos, despues de una libertad mas ó ménos tardía, en una eterna felicidad." Así es que, San Agustin encontraba mucho mas condenable la opinion que negaba la seguridad de los bienaventurados, que la que ponia en duda la perpetuidad de las penas.

Orígenes no comprendía la ley de la iniciacion progresiva, ni cómo habiendo llegado á cierto término de desarrollo la voluntad en posesion de la verdad, del bien y de lo bello, podria retrogradar á pesar de la persistencia del libre albedrío. Tambien admitia la creacion coeterna á Dios, no en el órden lógico, sino en el cronológico; reconocia ántes del mundo actual, una série infinita de mundos, que le habian precedido, y otra série igualmente infinita despues de la destruccion del presente universo.

Como las criaturas racionales han sido dotadas de la facultad del libre albedrio, esta libertad de voluntad ha conducido á cada una de ellas, sea al movimiente hácia adelante por la imitacion de Dios ó sea al movimiento hácia atras por la negligencia; y tal ha sido la causa, como lo he dicho, de la diversidad de criaturas racionales, diversidad que toma tambien su orígen, no

de la voluntad ó del juicio de su autor, sino del progreso, efecto de su libertad. Pero Dios, que desde entónces ha encontrado justo tratar á sus criaturas segun sus méritos, se ha servido de la diversidad de espíritus para construir el órden del mundo que él ha creado con sus almas y sus espíritus, como una casa en la cual debe haber, no solo vasos de oro y plata, sino tambien de madera y de Tierra, los unos para servicios de honor, y los otros para el de ignominia. Estas son, segun yo creo, las causas que han traido á este mundo la diversidad, habiendo dado la Divina Providencia á cada uno una posicion relativa al carácter de sus movimientos. Por esto el Creador no debe parecer injusto, supuesto que ha retribuido á cada uno, conforme á las causas precedentes, en virtud de sus méritos, y por consiguiente, la felicidad ó la desgracia, las condiciones de nacimiento, no deben ser consideradas como accidentes fortuitos, ni el creador como un sér desigual, ni las almas como de naturalezas diferentes. (De principiis II, 9.)

Así, en resúmen, lo mismo que es imposible admitir que Satan haya sido criado en la maldad, ni que el infierno sea su lugar natal, y que la mitología cristiana está obligada á concederle una vida anterior de una duracion suficiente para la produccion de su crímen, de la misma maner es imposible creer que Adan haya nacido en la condicion desgraciada en que estamos y que la mitología está precisada á atribuirle tambien una vida anterior, durante la cual haya merecido por su pecado las aflicciones de su existencia; por

la razon de que hay blasfemia y contradiccion en referir á Dios la iniciativa de cualquiera cosa que no sea de toda bondad. Orígenes quiere que todo lo que se ve de malo en el hombre desde su nacimiento, sea el hecho, no de la Providencia, sino del hombre mismo. Establece, pues, una analogía perfecta entre la historia particular de cada uno de nosotros y lo que enseña la Iglesia de la historia de Satan y de la de Adan. Así es que, todos los ángeles que han seguido á Satan al abismo se han atraido su castigo por las determinaciones de su voluntad, todos los hombres que han seguido á Adan en la Tierra, se han atraido tambien por sí mismos, y en proporcion de sus desobediencias pasadas, las penas que sufren en ella. Es inconcebible que el dogma de la caida personal de todos los hombres termine por destruir el de su caida, solidario en Adan. Se le elimina implícitamente, en efecto, desde que se le hace inútil y aun cuando no se llevase mas adelante la empresa, ya seria haber preparado bastante su trastorno, con haber cortado de este modo sus raices. Esto es lo que ha hecho Orígenes, porque aunque le sea permitido decir que los hombres, habiendo ya merecido su suerte por su propia conducta, han podido, no obstante, encontrarse aún comprometidos de alguna manera en el pecado de su padre, esta complicidad involuntaria no existe sino desde que una superfetacion que nada dice, que á nada se encadena y que no tiene otro sentido que el de una satisfaccion acordada de paso, á una antigua tradicion que no se desprecia abiertamente. Tambien sobre este punto la

escuela de San Pablo y San Agustin ha combatido con mas calor la de Orígenes, de la que puede decirse con el cardenal Norris y Jansenio: que Pelagio, rechazando francamente el dogma del pecado original, no ha sido mas que el continuador. La necesidad de mantener este último dogma, ha sido la base fundamental de todas las objeciones que se han opuesto en la Iglesia á la admision del de la preexistencia individual; y así es como por el ascendiente de la mitología hebrea, por su acuerdo con el instinto del derecho de filiacion, tan absoluto entre los latinos, por la obligacion de sellar por medio de fábulas poderosas el misterio de la encarnacion, esta creencia aunque mas generalmente extendida en el mundo y mas conforme á las deducciones naturales de la razon que el mito primitivo de Moisés, ha sido, al ménos por algun tiempo, como lo explicarémos en otra parte mas detalladamente, arrojada á la sombra.

Aunque sometidos á la misma regla, reunidos en un recinto comun, sujetos por cadenas semejantes, destinados igualmente á la muerte, los séres que se encuentran asi colocados difieren, sin embargo, unos de otros, tanto por las cualidades que les son inherentes, como por las circunstancias forzadas á que están sujetos. Ninguno está en condiciones de existencia exactamente idénticas con las de alguno otro, y los siglos que, en su desarrollo, traen á la tierra individuos continuamente nuevos, no ven dos veces producirse el espectáculo de la nueva vida. Esta es la consecuencia de la pruebas y de sus resultados diversos sobre tal ó

tal alma. De aquí viene que cada una de ellas, conservando ciertas analogías generales con las otras, y en virtud de las leyes de la armonía del mundo, ha merecido condiciones de existencia, conformes á las condiciones de su pecado, es decir, diferentes tambien de todas las otras. Tal es el principio de la desigualdad entre los hombres. Es, pues, en la historia del universo donde precisa buscar las raíces de esta desigualdad. Por estar ocultas á nuestros ojos en las profundidades del pecado, no son ménos reales, y por ellas subsisten todas las particularidades que nos es actualmente dado percibir. El modo en que cada uno de nosotros pone el pié en la Tierra, en el instante que á ella llega, no es mas que la consecuencia de la manera con que ha marchado precedentemente en el universo. Nuestros nacimientos no son en cierto modo mas que las extremidades en que vienen á terminar los caminos que, en nuestra independencia, nos ha parecido escoger; y léjos de obligarnos fatalmente sin alguna iniciativa por nuestra parte, ellas no hacen mas que ponernos en situacion de continuar nosotros mismos lo que hemos comenzado precedentemente. Su sistema, en lugar de ser la obra de la casualidad, está arreglado por una ordenanza no menos justa y no menos admirable, que la que preside á todas las administraciones del universo. La diversidad que ahí se observa, no puede dejar de desarrollarse sí, poniendo en ejercicio nuestro derecho de personalidad, nos hemos arrojado efectivamente despues de nuestra creacion, en el camino que cada uno ha querido; debemos evitar mirarlo como una prueba de la autoridad del destino, cuando al contrario, lo es de nuestra absoluta libertad. Sí, entre nosotros, unos vienen al mundo en mejores disposiciones que otros, relativamente á las comodidades de la vida, á las facilidades de la inteligencia, á la virtud, no es á una sentencia ciega á la que deben su ventaja, como tampoco otros su miseria. Dichosos ó desgraciados en su nacimiento, cada uno debe á sí mismo su suerte, y no la puede maldecir, sin maldecirse implícitamente á sí mismo; porque los bienes que ve en sus vecinos no son un privilegio para excitar la envidia, sino una herencia que él poseia como ellos, qne podia conservar como ellos, y que en su locura ha preferido disipar. El mismo es quien se ha hecho lo que ha venido á ser en su sér interior, él mismo es quién, por consiguiente, ha preparado su cuna; él mismo en definitiva es quien ha determinado todos los dones fundamentales de la vida, que ha sido llamado á continuar durante su mansion en la Tierra. Por este simple golpe de vista dirigido al universo ó mas allá de las puertas del nacimiento, apareciendo con la justicia de Dios todo su esplendor, la paz vuelve á las almas, la piedad se enciende en ellas, y la sociedad amenazada un instante por la lógica de los desesperados, conservada ahora por las santas ambiciones que se desarrollan, vuelve á tomar su fuerza, corrige tanto como puede todas las enfermedades, en las que no ve mas que el resultado fatal del pecado, y viene á ser gracias al progreso de cada uno, mas y mes caritativa para todos sus miembros.

En definitiva, al principio de la justicia de Dios, es á quien debe referirse toda la argumentacion de Orígenes. Por esto, tomada en los términos mas generales que se puedan concebir su conclusion es irrecusable. La distribucion de las condiciones de nacimiento, es un verdadero sistema de penas y recompensas; es, pues, necesario, supuesto que Dios es Justo y Todo-poderoso, que tal distribucion sea determinada por mérito y demérito; hé aquí lo sólido. Pero añadir, como Orígenes, que todos los nacimientos sin excepcion son penas, y no admitir, por consiguiente, en los precedentes de la poblacion terrestre mas que deméritos, los principios no lo aseguran con la misma certidumbre, y ménos lo aseguran si se atiende á que estos nacimientos no son simples expiaciones correctivas, sino degradaciones de naturaleza, y sobre todo, si se va hasta pretender que la enormidad de los deméritos debe ser medida por la distancia que separa el estado supremo de perfeccion, del estado de inferioridad en que nos hallamos.

¿Cómo suponer que Dios, que es el autor de nuestro libre albedrío, como del fondo mismo de nuestro sér, nos lo habria de quitar? Por lo mismo, como esta facultad es tan esencialmente inherente á nuestra naturaleza, no tenemos mas facultad de arrancárnosla que de aniquilarnos, es á Dios mismo á quién será necesario referir la deterioracion. Pero Dios, debe decirse sin temor, aniquilaria mas bien el universo, que consentir en la maldad de la última de sus criaturas. Puede concebirse que cesemos, por efecto de nuestros

pecados, de ser dignos de recibir sus gracias, pero no cesamos jamas de ser capaces de ellas; del mismo que él tampoco cesa, en su misericordia infinita, de querer que nosotros tarde ó temprano volvamos á aceptarla, Es como si, por nuestra incuria, nuestros párpados tomasen la costumbre de cerrarse, interceptándonos así la luz: nuestros ojos subsistirian, sin embargo, y Dios no esperaria para abrírnoslos mas que el momento en que esta reparacion, nos fuese definitivamente provechosa. Tal es la imágen de los pecadores. Como se ve en la tierra, los culpables mas grandes y endurecidos, fatigados de los tormentos de su existencia, disgustados con el crímen por los excesos del mismo, se entregan de nuevo á Dios, ceden unas veces poco á poco y otras á las primeras insinuaciones y entran, en fin, plenamente en el goce de sus gracias; iguales conversiones se verifican en el infierno. El espectáculo de nuestros séres malos, nos da aquí mismo el espectáculo de todas las sociedades de los condenados. Que sea en un mundo ó en otro, los procedimientos de la Providencia respecto de los que ella corrige, no pueden dejar de ser los mismos, los diversos mundos estan aparentemente ligados unos á otros para este fin: el crímen cometido en uno de ellos no se expia á menudo sino en otro, para no perdonarse totalmente quizá sino en un siguiente. Si la justicia Divina exige siempre que los criminales sean castigados, la bondad que es inseparable de esta justicia, quiere que el castigo sirva para enmendarlos y preparar su reconciliacion. Dios es tan bueno, que las penas mismas á